

¿No era más derecho callarse, hacerse la tonta, y al día siguiente, sábado, ir á la Ópera, buscar al barón y sorprenderle en flagrante delito de perfidia y de traición? No podría entonces decir que era una calumnia, ni incomodarse bajo pretexto de que era injusta con él. Además, una mujer celosa no vacila en arrancar la máscara con que se cubre una rival: la baronesa conocería por este medio á alguna amiga que la hacía traición á ella, ó recordando los rasgos de su fisonomía, sabría encontrarla para vengarse de ella.

Unos cuantos minutos antes de llegar al Ministerio, su resolución estaba tomada, y sus proyectos en suspenso: hizo al cochero desandar el camino, y entró en su casa.

Aquella mujer tímida, que cuando la hablaban de ir á la Ópera, aun del brazo de su marido, se indignaba, no pensaba

ya en asustarse, sino en ir ella sola. Los celos hacen ser valientes á los más tímidos.

XX

Al día siguiente, después de haber comido los dos esposos solos, y durante cuya comida, á fuerza de voluntad, llegó á aparentar una tranquilidad completa, la señora Roizel dijo á su marido:

—¿Y esta noche me dejáis sola también?

—Del todo no; estaré contigo hasta las once ó hasta las doce, si quieres.

—¿Y después?

—¡Ah! después, tengo que trabajar gran parte de la noche.

—Acabarás por caer malo. ¿Por qué en vez de estar aquí las primeras horas de la noche, no te vas á hacer tus asuntos y vienes á buena hora á descansar?

—Es imposible, querida. El colega mío con quien redacto el importante dictamen de que he hablado, lleva á su mujer á una reunión todos los sábados, y no queda libre hasta muy tarde. Tiene más edad que yo, es más antiguo en el Ministerio, y me veo obligado á guardarle ciertas consideraciones, que no puedes por menos de aprobar tú también.

—Entonces no tengo nada que decir—dijo hipócritamente la baronesa, mientras se mordía los labios hasta hacerse sangre para no gritar: «Tu Ministerio se ha transportado á la Ópera, tu despacho es un palco, tu compañera una perdida, y tú eres un infame».

A las once, la señora Roizel, que tenía

que hacer algún preparativo, dió libertad á su marido, diciéndole:

—Vete ya, ponte á trabajar cuanto antes, para que veles lo menos posible. Haz por venir más pronto que el sábado último.

—Haré lo posible—dijo Roizel, que abrazó á su mujer con efusión, tan dichoso se creía al dejarla sola.

En vez de salir inmediatamente, pasó á su cuarto de vestir, se puso un frac, se echó encima el pardesús, para que á la baronesa no la extrañase el traje aquel en un hombre que iba á trabajar. Después salió sin ruido, con el paso tranquilo y el corazón libre de un peso.

Apenas cerró la puerta, la señora Roizel llamó á su doncella, cuyo silencio y discreción había comprado desde la víspera, se puso un traje de raso negro, se arrojó en un mar de blondas, bajó la escalera y se metió en un coche de alquiler

que su cómplice tenía ya preparado. Los demás criados estaban ya encerrados en sus cuartos desde las diez de la noche, y al conserje no se le podía ocurrir que fuese la baronesa quien salía á aquellas horas; creyó que era alguna otra inquilina de quien sospechaba.

Cuando pagó y despidió al cochero en la calle Le Peletier, la baronesa se vió muy embarazada, puesto que ni ella ni su doncella estaban muy al corriente de lo que eran los bailes de máscaras. La señora Roizel pensó por un momento en tener por compañera á la indiscreta señora de B... pero no quiso dar mucha importancia á lo que la había dicho, ni dar á una amiga el placer de hacerla testigo de sus sufrimientos.

Temía también poner en ridículo á su marido á la vista del mundo, y convertir en asunto grave una simple aventura.

Sentíase capaz de todo á solas con él; pero no quería exponerle á las rechiflas de la multitud. Algunas mujeres, aun en el mayor acceso de celos, no dejan de usar ciertas delicadezas, y saben conservar su dignidad aun en sus arrebatos.

Felizmente para la baronesa, á su poco experimentada compañera no la faltó la presencia de ánimo, y supo sacar partido de la señora, que temblaba como la hoja en el árbol. Es un error creer que las más tímidas se hacen valientes cuando llevan careta. Hemos visto á muchas mujeres cubiertas por completo, que habían ido á un baile para entregarse al placer de dar bromas, no atreverse en toda la noche, no ya á colgarse del brazo de un hombre, sino ni á dirigirle la palabra. Casi estamos tentados á creer que la careta hace perder la seguridad y la gracia, si pensamos en algunas mujeres de mun-

do, preciosísimas en una reunión, y casi tontas en un baile de máscaras. Las mujeres, para brillar, tienen necesidad de terreno conocido: cambiad sus costumbres, arrancadlas del medio en que viven, y pierden todas sus ventajas.

Gracias á su cómplice, que se había provisto de billetes, la señora de Roizel entró bien pronto en el templo de la calle Le Peletier.

Estaba lejos de sospechar el riesgo que la amenazaba. Como la señora de B... se lo había asegurado... el baile de la Ópera no exponía á ningún peligro á una mujer protegida por un hombre y decidida á atravesar los pasillos, sino al irse á esconder en un palco. Pero dos mujeres solas, asustadas, ignorantes de la actitud que deberían tomar en caso de ataque, no pueden aventurarse en un baile sin que sus oídos y sus talles corran algún riesgo.

Después de haber subido la gran escalera de la Ópera y desembocado en el salón que hay delante de los palcos entre-suelos, erraban de aquí para allá, empujadas á derecha é izquierda, atropelladas, detenidas por máscaras que las decían galanterías de muy mal gusto, ó por cualquiera otros que las decían cosas peores que las máscaras.

Buscaron refugio en el vestíbulo, donde no penetraban al menos más que gentes de frac y dominós. Diez jóvenes en busca de conquistas ó sencillamente de cualquiera que quisiese cenar con ellos, las asaltaron y quisieron apoderarse de ellas, y faltó poco para que hiciesen perder la cabeza á la señora Roizel.

Sus celos la sostenían, impidiendo huir de aquella baraúnda, de aquel horno, de aquel infierno.

Pero, ¿dónde encontrar á su marido?

Estaba en un palco según la habían dicho. ¿Desde dónde podría ver los palcos y sobre todo las personas que en ellos hubiese?

Quiso salir por la primer puerta que encontró á mano; pero el acomodador que se hallaba en ella no la dejó pasar y la dijo que tenía que ir por otra.

Engañóse de nuevo, pero esta vez encontró un municipal encargado de hacerla desandar el camino que había recorrido, y después de sufrir mil sofiones, empleó un cuarto de hora lo menos en salir del vestíbulo.

Por fin, la baronesa y su doncella llegaron al pasillo, vieron una gran abertura por donde la multitud pasaba, se confundieron entre ella, y después de bajar unos cuantos escalones penetraron en el salón.

Allí, la señora de Roizel sufrió un vahído. Aquel ruido de voces, de gritos, de

instrumentos de aire, esa baraúnda infernal que forman las muchedumbres, y sobre todo la que se reúne en un baile de máscaras, las luces de las arañas, la confusión de tantos colorines, el polvillo esparcido en el salón que parecía estar cubierto por una nube que flotaba en el aire, las mujeres muy descotadas, medio desnudas, que levantaban descaradamente la pierna á una altura increíble, pierrots, salvajes, polichinelas, arlequines habladores, gesticulando, saltando, cayendo, levantándose, empujando, dando gritos; en fin, según la frase usual que se ha hecho clásica, á esos inmensos *enguelements* que había de un extremo á otro del salón, hicieron que perdiese la razón la pobre baronesa, acostumbrada á fiestas más tranquilas y á vivir en un mundo más reposado.

Pero los celos, que la habían salvado

en el vestíbulo, la hicieron recobrar los sentidos en el salón de baile. Dirigióse agarrada á su doncella hacia los palcos, se paró delante de todos ellos, y haciendo uso de los gemelos de teatro, trató de ver si conocía á los que en ellos estaban.

La baronesa debió perder el color bajo la careta que la cubría: acababa de ver á su esposo. Estaba en pie, apoyado en la pared, y tenía cogidas las manos de una máscara cubierta con un dominó, á quien parecía suplicar le mirase.

XXI

El espectáculo que la baronesa presenciaba disipó su timidez, la libró del temor que se había apoderado de ella desde que entró en la Ópera. Iba á ser muy audaz.

No estaba ya en un baile de máscaras, en medio de un hormiguero humano, ó más bien, que no tenía nada de humano; no oía ya ni los sonidos de la orquesta ni la gritería de la muchedumbre delirante; no la desvanecía ya la luz de las arañas, la mezcolanza de los trajes, ni la sofocaba el calor, ni la hacían desfallecer las emanaciones malsanas.

Todo el salón se resumía para ella en un solo punto: en un palco entresuelo, y en aquél un grupo, un montón de trajes de raso y de blondas, una mirada ardiente, fija en una careta de terciopelo, como si tratase de penetrar á través de la tela, dos manos que cogían otras y unos labios que se abrían para dirigir una súplica ó mendigar un beso.

Huyó de allí, de aquella vergüenza, de aquella infamia. ¡Cómo, era el hombre que ella amaba, á quien había confiado su

porvenir, que ella creía suyo en absoluto como ella lo era de él!

Había mentido descaradamente. ¡La engañaba desde hacía dos meses; acaso la hubiese engañado siempre!

Y ella había sido tan tonta; que se inquietaba por el exceso de trabajo que tenía, sentía verle condenado á tan ímproba tarea y se preocupaba de su salud.

¡Era en la Ópera donde pasaba las noches, y en brazos de una mujer!

¡Y su vida estaba ligada á la de ese perjuro, de ese traidor, de ese cobarde!

No, no, no quería que la hablase más, que se acercase á ella, que le mintiese más tiempo. Se separarían, pero debería antes darle pruebas de su falta, dárselas á todos, á la sociedad, á sus amigos, á su familia, á los jueces.

En el palco habíase notado algún movimiento: las manos se habían desunido: el

enlace del grupo aquel no era tan íntimo, los dos amantes no se confundían ya en uno solo. La mujer dió un paso hacia la puerta del fondo.

La señora Roizel tuvo miedo: iban á separarse antes de que ella pudiese alcanzarles, antes de que hubiese conocido á su rival, antes de que le arrancase la careta... y la abofetease tal vez. Sí, abofetearla, ¿por qué no? ¿Por qué se debía respetar á sí misma? ¡Bonita razón! ¿Y él se respetaba lo bastante para que mereciese que ella le respetase? No era en aquellos momentos la baronesa de Roizel, era una mujer ardiente, apasionada, celosa, que acababan de herirla en medio del corazón.

¿Cómo había de llegar hasta el paleo, ni siquiera al pasillo en el que se abría la puerta?

Preguntaría el camino, bueno. No se detenía ésta por tan poca cosa. Pero de-

BIBLIOTECA ALFONSIANA

BIBLIOTECA ALFONSIANA

lante de las vidrieras de los palcos había cortinas: ¿cómo desde el pasillo vería á los que buscaba?

Entonces se puso á contar los palcos que había, á partir desde el proscenio de la izquierda, que era el del Emperador. Su marido ocupaba el dieciseis; este dato la era suficiente.

Salió del salón. Tres jóvenes, dependientes del comercio, que la seguían desde hacía un rato y habían olfateado, si no una mujer preciosa, puesto que acerca de ello no podían saber nada, al menos una mujer de gallardas formas, murmuraron á su oído algunas palabras. No les oyó siquiera, y se alejó de ellos sin volver la cabeza, deslizándose entre la multitud con la facilidad de quien estuviese acostumbrada á hacerlo muchas veces.

Vió esta palabra escrita con gruesos caracteres sobre un tarjetón; *Salida.*

¿Salida de qué? ¿salida de dónde? ¿salida del salón del baile ó salida del teatro? Esa indicación podía ser muy útil á otros, á la baronesa no la servía de nada. Sin embargo, como para ir á los pasillos era preciso empezar por salir del salón, no vaciló, y emprendió el camino tan mal indicado.

Tuvo primero que bajar, después subió. Su cuerpo era presa de un temblor. ¿Sería la fiebre? No; todavía no. Sentía frío por haber pasado sin transición de un horno á una nevera.

Aquellos corredores, aquellos pasadizos, aquellos pasillos, aquellos desagües de un chiribitil en otro chiribitil, aquellos escapes de un burdel á otro burdel, han abrigado por espacio de veinte años, en los días de baile, lo que había en la Ópera de más abyecto: mujeres públicas que acechaban á inocentes provincianos en quie-

nes querían hacer presa, y máscaras repugnantes que ocultaban sus borracheras en los rincones más retirados, por temor, si entraban en el salón, de que les echasen de él los encargados del buen orden.

Una de estas máscaras, disfrazada de mozo de cuerda (acaso no fuese disfraz lo que llevaba, sino el traje que indicaba su ocupación ordinaria), vió á las dos mujeres, le parecieron bien, y de repente abrió los brazos y cogió á la baronesa.

Era lo menos que necesitaba para volverla á la realidad y arrancarla de sus pensamientos y de los proyectos que iba formando en su cabeza. Al contacto de aquellos brazos enormes, cubiertos de vello rojizo; al ver aquellos labios repugnantes que se abrían para besarla, al sentir cerca de su cara aquel aliento vinoso, su corazón se sublevó de disgusto y dió un grito.

Fué oído. Un municipal acudió y dió un empujón al mozo de cuerda, que, perdidas sus esperanzas, cayó sobre una banquetta á dormir la mona.

La baronesa, temblando aún al recordar el peligro que acababa de pasar, continuó su camino y se encontró bien pronto en la escalera principal, que reconoció, por haber subido por ella cuando entró en el baile. Un instante después entraba en el pasillo de los palcos principales, se escurría por entre los grupos hasta el proscenio imperial, y desandando el camino, contaba los palcos para detenerse delante del número 16.

Como había previsto, una cortina de seda encarnada cerraba herméticamente el hueco de la puerta.

Prestó atención y no oyó ningún ruido. El gran tumulto del salón ahogaba los demás.

Sufría horriblemente. ¿Qué pasaría detrás de aquella puerta? El grupo que acababa de deshacerse, ¿no se habría formado de nuevo? A las palabras que se decían antes al oído, ¿no habrían sucedido besos?

Dominada por la cólera, con las manos nerviosamente crispadas, llamó á la puerta del palco.

Nadie respondió.

Iba á llamar de nuevo, cuando la acomodadora, que acababa de notarlo, se dirigió á ella:

—¿Qué queríais, señora?—la preguntó.

—Quiero entrar.

—No se puede, está ocupado.

—Han salido ya.

—Os digo que no. Tengo guardados los abrigo del señor y la señora que le ocupan.

—Abrid, que me esperan.

—No aguardan á nadie y no quieren que nadie les incomode.

—Tomad un napoleón y abridme.

—Me han ofrecido más porque no entre nadie.

La baronesa sacó su portamonedas para comprar á la acomodadora; pero tenía en él una cantidad insignificante.

Entonces se apoyó en una columna, frente al palco, y esperó á que se abriese.

Trancurrió una hora; pero por fin la puerta se abrió.

XXII

La baronesa comprendió entonces que ciertas mujeres, á pesar de la vivacidad de su carácter, no se olvidarían de sí mismas hasta el punto de pasar á vías de hecho.